

PAUTAS ABIERTAS POR LA ENCÍCLICA «REDEMPTORIS MATER» PARA LA CELEBRACIÓN DEL AÑO MARIANO

TEODORO CARDENAL

Introducción

El Año Mariano, anunciado por el Santo Padre el 1º de enero de 1987, y convocado después en la Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, tiene como motivo de fondo y finalidad principal preparar a la Iglesia, y a través de ella, al mundo entero, para las solemnes celebraciones de inauguración del tercer milenio del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Así pues, este Año jubilar se inserta con su marcado enfoque cristológico en ese «tiempo de Adviento», según la feliz expresión de Juan Pablo II, en que la humanidad debe prepararse con especial esperanza a la venida del Salvador.

«Es plenamente comprensible —escribe el Papa— que en este período deseemos dirigirnos de modo particular a la que en la noche de la espera del Adviento, comenzó a resplandecer como una verdadera estrella de la mañana»¹, María, la mujer elegida para ser la Madre del Redentor.

Pero el Año Mariano tiene una intención y un objetivo mucho más amplio: ser «un tiempo fuerte» en la perspectiva de tercer milenio y la necesidad sentida en la Iglesia de aprestarse a un nuevo futuro que Dios le concede. Según los deseos del Santo Padre este Año viene determinado, no por una finalidad meramente conmemorativa, sino de preparación cara al futuro, ya que «el final del segundo milenio cristiano se abre como una perspectiva nueva»².

1. JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, n. 3 (en adelante *RM*).

2. *Ibid.*, n. 49.

Como es sabido la Conferencia Episcopal Española ha acogido con cálido afecto y con verdadero entusiasmo la convocatoria del Papa. A los motivos del Año Mariano señalados por él, se une la tradicional devoción mariana de nuestro pueblo. En palabras del mismo Juan Pablo II: «Decir España es decir María» (Discurso en Zaragoza, 10 de octubre, 1984). Esta motivación, tan nuestra, enardece, si cabe aún más, el celo por una celebración fervorosa y espiritualmente fecunda en nuestras diócesis. En la Exhortación colectiva del Episcopado, «Un año dedicado a María» aprobada y hecha pública al final de la última Asamblea Plenaria del 16 al 21 de noviembre se lee, a este respecto:

«La Iglesia ha comenzado a prepararse para vivir con profundidad el jubileo bimilenario del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, tal como lo expone el Papa en la Encíclica *Redemptoris Mater* que ha escrito para este Año Mariano (RM., 3, 48, 49, 52). Esta fecha nos invita a reavivar el acogimiento de Jesucristo, y del misterio redentor, como fuerza de Dios que trae la salvación para todos los hombres. El amor de Aquella «que apareció antes de Cristo en el horizonte de la historia de la salvación nos ayudará a abrir nuestro corazón a la presencia de Cristo Salvador... Y ello precisamente ahora, cuando la Humanidad busca, entre zozobras y esperanzas, el verdadero sentido de su futuro» (n. 2).

Para llevar a cabo con mayor efectividad los objetivos del Año Mariano, la Conferencia Episcopal nombró un Comité encargado de animar y dar impulso a las celebraciones del Año jubilar.

Me es muy grato pronunciar aquí, en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra la conferencia de clausura de estas Jornadas Marianas en mi calidad de Presidente de dicho Comité.

Como es lógico, el tema de mi intervención se centrará en torno a las pautas y objetivos del Año Mariano, según la Encíclica *Redemptoris Mater*, recogidos por los Obispos en el documento ya citado.

La exposición constará de tres partes:

I) Presencia de María en la vida de la Iglesia y profundización en su conocimiento;

II) Fomento de la verdadera devoción mariana, vitalizando sus elementos esenciales;

III) Pautas e iniciativas concretas para la celebración del Año Mariano.

I. PRESENCIA DE MARÍA EN LA VIDA DE LA IGLESIA Y PROFUNDIZACIÓN EN SU CONOCIMIENTO

1) *Antes del Concilio Vaticano II*

Se puede afirmar que en los lustros anteriores al Vaticano II tiene lugar en la Iglesia una época de gran esplendor en la mariología y en la piedad mariana.

Un editorial de la revista *Ecclesia* señalaba, por los años 60, a nuestro tiempo como «época de María». Y aducía, entre otras, las siguientes pruebas: que en los santuarios, como Lourdes o Fátima, meta de numerosas peregrinaciones, las gracias —incluso de carácter extraordinario— eran tan frecuentes que un conocido teólogo, el Cardenal Billot, pudo decir que, a los ojos de nuestras generaciones se estaban produciendo tantas maravillas, que desde la época apostólica no encontraríamos algo semejante³.

El *Nuovo Dizionario di Mariologia*, en un artículo firmado por Stefano de Fiore, expone el gran desarrollo mariológico contemporáneo, a partir del comienzo de siglo hasta el Vaticano II, y aduce, entre otras manifestaciones de ese camino ascensional, las siguientes: aparece, como publicación media, un tratado de Mariología al año; surgen las Sociedades mariológicas internacionales; se suceden los Congresos mariológicos y marianos nacionales y también internacionales; en las Facultades de Teología se presenta un elevado número de tesis para el doctorado sobre temas marianos, —solamente en las Facultades de Italia fueron 84 entre los años 1939-1948—.

Entretanto, la honda implantación de este mismo movimiento mariano eclesial se venía manifestando ya desde el siglo anterior en hechos tan significativos como la fundación de Congregaciones Religiosas bajo la advocación de María, Asociaciones Apostólicas con este mismo signo y un gran fervor en la piedad mariana que registró su punto culminante con la definición del dogma de la Asunción en el año 1950, y su vivencia más fuerte en el año mariano de 1954.

3. Cfr. «Ecclesia», 19-XI-1960.

2) *El Concilio Vaticano II*

La sementera conciliar encontraba una tierra bien preparada en el campo doctrinal; si bien, según el citado artículo del *Nuovo Dizionario di Mariologia*, ya se advertían signos de críticas y contestaciones a la Mariología tradicional.

En las prácticas piadosas populares marianas, bajo el indudable fervor ya apuntado, se echaba de menos una firme base doctrinal en medio de un exceso de sentimentalismo. Sectores numerosos del pueblo necesitaban una profunda catequesis sobre el misterio de María.

El Concilio vino oportunamente a renovar el edificio de esta devoción, purificándolo de adherencias y rutinas, y sobre todo, a encuadrarlo en sus verdaderas dimensiones, relacionándolo con el misterio de Cristo y de la Iglesia. Precisamente el capítulo de *Lumen Gentium*, dedicado a Nuestra Señora lo titula así: «La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia».

Juan Pablo II nos pide un renovado esfuerzo en la lectura de cuanto el Vaticano II ha declarado sobre María. Nosotros no podemos hacer ahora sino una síntesis que nos sirva de apoyo para una mejor comprensión de la *Redemptoris Mater*, portavoz del Año Mariano y motivo principal que nos ha reunido en estas Jornadas.

El Vaticano II buscó como meta la renovación de la Iglesia en este tiempo, y ofreció la respuesta en la Persona de Cristo, como Dios con nosotros, y a su lado la Virgen María, como la Madre inseparable.

En el proceso de inserción de la doctrina mariana en la Constitución sobre la Iglesia, los Obispos buscaron y expusieron, como en las demás partes del documento, «los puntos capitales de la doctrina católica, aceptados por unanimidad, para servir de firme cimiento en la predicación pastoral a la vez que como estímulo de la piedad del pueblo cristiano»⁴. Por esa razón la enseñanza conciliar sobre la misión de María en la economía de la salvación es la misma de la Sagrada Escritura y de la Tradición, conducidas por el Magisterio de la Iglesia.

De esta forma quedaron firmemente proclamadas por el Vaticano II las cuatro verdades básicas marianas: la Maternidad divina, la Inmaculada Concepción, la Virginitad y la Asunción a los cielos.

4. *Acta synodalia* III, 1, p. 436.

Y con ello, quedó también de manifiesto el lugar de María en el misterio de Cristo, pues los dogmas marianos proclamados, guardan íntima relación con Jesús, el Hijo de Dios y de María, Salvador de los hombres.

La unión de María con la Iglesia viene expresada igualmente por títulos tan entrañables como su *maternidad espiritual* (María es nuestra madre en el orden de la gracia); el de *mediadora* (y advirtiendo, al tiempo, que esta mediación ni quita ni pone, ni interfiere la mediación única de Cristo); el de *tipo y modelo* de la Iglesia, y el de *esperanza cierta* del «Pueblo de Dios peregrinante», al que precede con su luz.

3) *Después del Vaticano II*

A pesar de que la doctrina del Concilio ofrece un soporte seguro para la reflexión y la predicación y, consiguientemente, para la piedad mariana, el postconcilio señala una etapa de crisis en la mariología, calificada por algunos observadores como «inquietante»; en el aspecto vivencial la experiencia atestigua un declive de la piedad mariana en individuos, familias y parroquias, sin que al tiempo se dejara de constatar —por otra parte— un resurgimiento de esa piedad más auténtica y genuina en algunos sectores del pueblo cristiano.

El Papa Pablo VI, que amonestó sobre algunas desviaciones bajo este aspecto en la época postconciliar, imprimió nuevos impulsos al culto y a la piedad mariana a través de magistrales intervenciones, a las que Juan Pablo II alude elogiosamente en la *Redemptoris Mater*, mencionando expresamente la Encíclica *Christi Matri* y las Exhortaciones Apostólicas *Signum Magnum* y *Marialis Cultus*.

4) *El misterio de María en la «Redemptoris Mater»*

Juan Pablo II, aparte de su ya abundante magisterio sobre el tema mariano, y después de sus Encíclicas tan profundas como oportunas sobre «El Redentor del Hombre», «La Misericordia del Padre» y el «Espíritu Santo, Señor y Vivificador», nos regala ahora una nueva sobre la «Madre del Redentor», con un magisterio profundamente bíblico, bien anclado en la mejor tradición de la Iglesia y muy atento al momento histórico que vivimos.

En esta época, marcada, como queda indicado por una crisis que alcanza también a la mariología, el Papa ha querido seguir profundizando en la misma dirección del Vaticano II —dirección verdaderamente inspirada—, que «presentando a María en el misterio de Cristo, encuentra también de este modo el camino para profundizar en el conocimiento de la Iglesia»⁵.

Remanemos un tanto la reflexión sobre estos puntos de la Encíclica mariana en la línea cristológica y eclesiológica, destacados por la mariología actual.

a) *María en el misterio de Cristo*

Juan Pablo II propone la verdad sobre María. Esta verdad se descubre a partir de Aquél que es la clave de la verdad del hombre, Cristo Jesús.

Los Obispos en su citada Exhortación del Año Mariano, sintetizan así, a la luz del magisterio del Papa, los perfiles principales del misterio de María:

«La elección de María para Madre del Hijo de Dios fue del todo original y única. Ella fue elegida, como todos, en Cristo, antes de la creación del mundo, para ser, por encima de todos, santa e inmaculada, bendecida con toda clase de bendiciones espirituales (cfr. Ef, 1, 3 ss.). Como todos los creyentes, aunque de modo eminente, María fue redimida en virtud de la gracia de su Hijo; Ella fue preservada de la herencia del pecado original. Así, como recuerda la «Redemptoris Mater», la elección de María fue «más fuerte que toda experiencia del mal y del pecado» (RM. 11). María aceptó la maternidad en la fe. Es decir, respondió a la elección de Dios con todo su yo humano y femenino» (RM. 13), en absoluta obediencia a la fe» (n. 4).

Profundizando en la relación de María con el misterio de Cristo, la Encíclica nos enseña que «el plan divino de salvación, que nos ha sido revelado plenamente con la venida de Cristo, es eterno. Está también eternamente unido a Cristo. Abarca a todos los hombres, pero reserva un lu-

5. RM, 5.

gar particular a la «mujer», que es la madre de Aquél, al cual el Padre ha confiado la obra de la salvación»⁶.

Así, por este designio divino María queda indisolublemente unida al único Mediador y Salvador de los hombres, que es su Hijo, asociada a Él por un principio de consorcio en la obra de la salvación.

Escogida, pues, María desde la eternidad como Madre del Verbo Encarnado, en Ella se manifestó, en cierto modo «toda la gloria de su gracia», aquélla con que el Padre nos agradeció en el Amado⁷.

Se diría por ello, que María es la superbendita, porque es amada de modo absolutamente singular en el Hijo consustancial al Padre. Es la «bendita entre todas las mujeres», es decir la «benditísima», porque esa expresión de Isabel es un hebraísmo que expresa el superlativo.

De ahí «la singularidad y unicidad de su lugar en el misterio de Cristo...». Como afirma el Concilio, María es «Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo: con un don tan eximio de gracia, antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas»⁸.

Inserta, pues, María plenamente en el misterio de Cristo por la maternidad divina que le une también al plan salvífico de Dios. Así, en la verdad de María, descubrimos nosotros, nuestra propia verdad, la de nuestra elección en la persona de Cristo, y la abundancia de sus bendiciones sobre los hombres, a través de María, la Madre del Redentor, desde el comienzo de la historia hasta el fin⁹.

El «instrumentum laboris» del Sínodo recién celebrado, recordaba, a este respecto, que la singular vocación de María testifica la grandeza de la vida de cualquier fiel por la vocación cristiana (n. 26).

b) *María en el misterio de la Iglesia*

Se advierte fácilmente, por lo expuesto, la estrecha relación de María con el misterio de la Iglesia: «La realidad de la Encarnación encuentra su prolongación en el misterio de la Iglesia-Cuerpo de Cristo»¹⁰.

6. *RM*, 8.

7. Cfr. *ibid.*

8. *RM*, 9.

9. Cfr. *RM*, 8.

10. *RM*, 5.

Juan Pablo II presenta los dos momentos culminantes de la Encarnación y del nacimiento de la Iglesia unidos con un lazo común: «La persona que une estos dos momentos es María: María en Nazaret y María en el Cenáculo de Jerusalén. En ambos casos, su presencia discreta, pero esencial, indica el camino del nacimiento del Espíritu»¹¹. Por eso el Papa insiste en esta vinculación perenne de María con la Iglesia: «A lo largo de su existencia, la Iglesia mantiene con María un vínculo que comprende el pasado, el presente y el futuro»¹².

En esta estrecha unión destacan dos relaciones que llamaríamos cardinales:

— María, miembro sobreeminente de la Iglesia, tipo y modelo acabadísimo de la misma;

— y María Madre de la Iglesia.

María, miembro eminente de la Iglesia, nos precede en la fe.

El Vaticano II que nos habla del privilegio de la Concepción Inmaculada de María, añade a continuación: «Ella es proclamada también como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad»¹³.

Juan Pablo II ha querido destacar también el *ejemplo significativo y confortante de la fe de María* para iluminar el camino de la Iglesia y de la humanidad hoy.

En un breve comentario a la *Redemptoris Mater*, el Cardenal Ratzin-enunciado: *María es la primera creyente*. Precede al pueblo de Dios en la trata, dice, de un jubileo más, o de una nueva actividad eclesial de adorno. «El Papa quiere interpretar los signos de los tiempos a la luz de la fe y ofrecer de este modo indicaciones para el camino de la Iglesia y de la humanidad. *Este es el tema del Año Mariano*»¹⁴.

También los Obispos españoles en su Exhortación subrayan este aspecto: «Ante los desafíos de la increencia, de la pobreza, la Iglesia se siente protegida, estimulada y orientada por la fe de María, en la que encuentran los creyentes «el sostén de su propia fe» (n. 5).

Resulta conveniente una reflexión sobre esta verdad de nuestro

11. *RM*, 24.

12. *RM*, 47.

13. *LG*, 53.

14. «L'Osservatore Romano», 16-VIII-1987.

enunciado: *María es la primera creyente*. Precede al pueblo de Dios en la fe. Por ello pertenece al misterio de la Iglesia desde el comienzo. Eminentes teólogos (U. von Balthasar, J. Ratzinger) llaman a María «iglesia naciente».

Ya San Agustín advertía que no debe establecerse dualidad entre María y la Iglesia: «María es parte de la Iglesia, un miembro santo, un miembro supereminente, pero un miembro de la totalidad del cuerpo»¹⁵.

El Cardenal Journet comenta en su *Meditación sobre la Iglesia* que «María es la realización más pura y más profunda de la Iglesia».

La Iglesia en María «ya llegó a la perfección»¹⁶. La peregrinación de la fe, dice la *Redemptoris Mater*, ya no pertenece a la madre de Dios.

Pero la ejemplaridad de su fe se nos muestra en *aquel largo itinerario* con que Ella tuvo que «avanzar en la peregrinación de la fe»¹⁷. Y no es difícil advertir, leyendo el Evangelio, que la fe de la Virgen María, es, en ciertos momentos, oscura, hasta el punto que, según la *Redemptoris Mater*, tuvo que soportar una particular fatiga del corazón, una especie de noche de la fe»¹⁸.

Esta noche dolorosa, profetizada por Simeón bajo la alegoría de la espada, llega a su culmen cuando María al pie de la Cruz asiste, con el corazón traspasado por esa espada, a la agonía de su Hijo. ¡Contraste hiriente entre las palabras de la Anunciación, entre las promesas del Ángel: «será grande..., reinará..., su reino no tendrá fin», y esa muerte de Jesús bajo el sarcástico rótulo: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos»!

Pero la oscuridad comenzó a disiparse y la promesa a cumplirse *con los resplandores del Hijo resucitado* por el Padre.

Ahora, también los discípulos confiesan a Jesús como el Cristo, y en Pentecostés reciben la «virtud de lo alto para predicarle hasta los confines del mundo». Comienza la Iglesia. La fe en Jesucristo es lo que define a la Iglesia.

Y ahora *en Pentecostés la fe de María confluye* con la fe de la Iglesia. «En el Cenáculo el itinerario de María se encuentra con el camino de la

15. SAN AGUSTÍN, *Sermo* 25, 7. PL 46, 937-938.

16. LG, 65.

17. LG, 58.

18. RM, 17.

Iglesia»¹⁹. Pero la fe heroica de María «precedió» al testimonio de los Apóstoles²⁰.

Lo confortante para nosotros es que esa misma fe *acompaña nuestro propio peregrinar* hacia la Patria. «La fe de María está constantemente presente en este camino de la fe del Pueblo de Dios». —Más aún— «Los fieles... buscan en su fe —la de María— el sostén para la propia fe»²¹.

María, Madre de los Pastores y de los fieles.

Pero la Iglesia, no sólo mira a María como «su ejemplar acabadísimo», sino que «instruida por el Espíritu Santo, la venera como a Madre amantísima, con afecto filial»²².

Pablo VI refrendó esta afirmación con estas solemnes palabras:

«Nos, proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir de todo el Pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los Pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título».

Redemptoris Mater expresa en la maternidad de María una de sus ideas fuertes. Su título ya lo anuncia y lo confirman las frecuentes alusiones al mismo, sobre todo en la tercera parte, titulada «Mediación materna». «El vínculo especial de la humanidad con esta Madre me ha movido a proclamar en la Iglesia, en el período que precede a la conclusión del segundo milenio de Cristo, un Año Mariano»²³.

Según el Cardenal Ratzinger la *tesis fundamental* del Papa es la siguiente: «el carácter específico de la mediación materna, ordenada al nacimiento siempre nuevo de Cristo en el mundo. Ella custodia la dimensión femenina en la actividad actual de la Iglesia y sigue siendo su origen permanente»²⁴.

Las características, que Ratzinger califica de «extraordinariedad» en esta maternidad, nos reclaman una reflexión:

19. *RM*, 26.

20. Cfr. *RM*, 27.

21. *Ibid.*

22. *LG*, 53.

23. *RM*, 48.

24. «L'Osservatore Romano», 16-VIII-1987, p. 2.

α) *Una maternidad nueva y distinta*

Ser Madre, pertenece a la identidad más profunda de María. María quedó profundamente modificada por su maternidad. A través de ella se convirtió en la «madre de Jesús», la que le llevó en su seno, lo alimentó a sus pechos, según la voz anónima de aquella mujer entre la turba: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron».

Y sin embargo, Cristo le repuso: «¡Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la cumplen!» (Lc. 11, 27). Jesús en esta respuesta cambia de plano. Él está dedicado completamente a la causa del Reino de Dios, que se actualiza, cuando la Palabra es escuchada y puesta en práctica. Él vive inmerso en esta nueva dimensión, en la que no tiene vigor la fraternidad según la carne, sino la maternidad y la fraternidad según la dimensión del Reino. «El que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios», dice Jesús a Nicodemo.

La maternidad que Jesús valora es una maternidad nueva y *distinta*; la que surge de la fe en la Palabra de Dios. Esta maternidad le pertenece también a María de modo especialísimo. Ella fue la primera que escuchó e hizo realidad en sí misma la Palabra de Dios. Ella es «la primera creyente». Recibió fielmente la Palabra de Dios, «la guardó, la conservó y la meditó en su corazón». Más aún, Ella fue abriéndose progresivamente a esta nueva dimensión de la maternidad, y ensanchando su corazón con nuevas configuraciones para una maternidad universal de toda la humanidad en el espíritu.

β) *Una mediación materna, madurada al pie de la cruz*

La primera manifestación de esta nueva maternidad de María se nos ofrece en el milagro de Caná, en la conversión del agua en vino. El Papa nos advierte del valor simbólico del mismo, y descubre aquí *una mediación materna más universal*.

Su mediación tiene un carácter de intercesión. Ella se coloca entre el Hijo y los hombres, inmersos en toda gama de necesidades y hace de mediadora, pero no como persona extraña, sino en su papel de Madre de Jesús. A la vez que aparece «como la que cree en Jesús», y consigue ade-

lantar «su hora», se hace «el portavoz de su voluntad, y contribuye a suscitar la fe de los discípulos»²⁵.

Otro pasaje del cuarto evangelio confirma esta *maternidad en su momento culminante*, cuando se realiza el sacrificio de la cruz, «su misterio pascual»²⁶.

«Se puede decir, añade el Papa, que la maternidad delineada anteriormente ahora es precisada y establecida claramente, ahora madura en el misterio pascual del Redentor»²⁷.

ϕ) *Es una maternidad perpetua*

El Vaticano II afirma que «ahora esa maternidad perdura sin cesar en la economía de la gracia hasta la consumación de los elegidos». Ella «con su amor materno se cuida de todos los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada»²⁸.

Juan Pablo II ha descrito gradualmente, a través de sus Encíclicas, los caracteres de ese amor de María:

— *Un amor materno universal*: En la Encíclica *Redemptor hominis* presenta el misterio de la Encarnación realizándose bajo el corazón maternal de María. Ese corazón es inundado entonces por aquel amor inextinguible e inagotable del Verbo divino que viene a salvar a todos los hombres. De esta forma el corazón de la Virgen Madre se hace tan maternal, tan ancho que abraza y abarca en él a todos los hombres. En eso consiste el misterio de esta Madre²⁹.

— *Un amor misericordioso*: El amor del Hijo y de la Madre, al entrar en contacto con las miserias morales y físicas del hombre, se hace misericordioso. Por eso, María es ya la «Madre de la misericordia». Por Ella el amor infinitamente compasivo y misericordioso de Dios puede llegar más fácilmente a aquéllos que lo buscan y lo necesitan. A través de un corazón maternal, el perdón y la clemencia divinos se hacen más accesi-

25. *RM*, 21.

26. *RM*, 23.

27. *Ibid.*

28. *LG*, 62.

29. Cfr. JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis*, 22.

bles, más cercanos a los pobres pecadores. «Este es uno de los más grandes y más vivificantes misterios del cristianismo»³⁰.

— *Un amor personal*: En la *Redemptoris Mater* el Papa vuelve sobre este tema de la maternidad, no sólo insistentemente, como hemos visto, sino también de una forma conmovedora. Porque proyecta esa maternidad de María sobre el hombre singular, sobre cada uno de nosotros.

«Es esencial a la maternidad la referencia a la persona. La maternidad determina siempre una relación única e irrepetible entre dos personas: la de la madre y la del hijo». Cuanto caracteriza a la maternidad en el orden de la naturaleza, mantiene su analogía en el orden de la gracia. En esta luz se hace más comprensible el hecho de que en «el testamento de Cristo en el Gólgota, la nueva maternidad de su madre haya sido expresada en singular, refiriéndose al hombre: 'Ahí tienes a tu hijo'... La maternidad de María se convierte en herencia del hombre, es un don: un don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre»³¹.

II. FOMENTO DE LA VERDADERA DEVOCIÓN MARIANA, VITALIZANDO SUS ELEMENTOS ESENCIALES

Desde las perspectivas que nos ofrece la *Redemptor hominis*, destacando la especial presencia de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia³², podemos revisar oportunamente los elementos esenciales de la devoción mariana, tal como los expone el Concilio: una fe auténtica que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre, y que nos propone la imitación de sus virtudes³³.

1) *Un conocimiento de la figura y misión de María*

El Vaticano II avisa sobre el peligro del *sentimentalismo estéril y pasajero* y de la *vana credulidad* en la devoción a la Santísima Virgen. Para

30. JUAN PABLO II, Encíclica *Dives in misericordia*, 9.

31. *RM*, 45.

32. Cfr. *RM*, 48.

33. Cfr. *LG*, 67.

evitarlos nos invita a cimentarla sobre la firmeza de *un conocimiento cabal*.

Porque la vida cristiana no se alimenta de sentimientos ni mucho menos de ilusiones, sino de la fe viva, ilustrada y clarificada por la luz y el amor. «La vida y devoción marianas deben nutrirse también del conocimiento ilustrado de la figura de María, según la recomendación del Vaticano II, de una fe viva que conecta con *Ella, como misterio y como realidad sobrenatural*. Porque María es para la Iglesia, ante todo, eso: un misterio y una realidad sobrenatural, que integra el misterio de Cristo y de la Iglesia»³⁴.

El programa pastoral del Episcopado: «anunciar a Jesucristo en nuestro mundo con obras y palabras», tiene un complemento necesario en *el anuncio de María*, la Madre inseparable y, a la vez, fidelísima cooperadora al servicio de su plan de salvación sobre los hombres.

Una formación adecuada y actualizada sobre la figura de María deberá destacar aquellos aspectos que hoy necesitan una particular proyección sobre la vida cristiana. Por eso la Exhortación del Episcopado para este año alude al «conocimiento profundo de la misión de la Virgen María en la historia de la salvación y del mundo». —Este conocimiento— «ayudará a las mujeres y a las jóvenes cristianas a descubrir y vivir rectamente los rasgos más importantes de su condición femenina según los planes de Dios, ya sea por el camino de la vida familiar y el ejercicio de la maternidad, o por el de la virginidad consagrada, como por medio de las múltiples tareas personales y profesionales en los más variados campos de la vida social y eclesial» (n. 6).

Desde ese *conocimiento fundado en la doctrina de la Iglesia* y a la vez en *la visión cristiana* de la realidad se derivan fácilmente los otros elementos de la devoción mariana: el amor y la imitación.

2) *Un amor filial*

«La Virgen María, escribe Federico Suárez, es la más perfecta criatura salida de las manos de Dios. Es tan buena, tan sencilla, tan delicada, tan prodigiosamente humilde y pura que se la quiere sin querer»³⁵.

34. LLAMAS, *¿Mariología en crisis?*, p. 6.

35. F. SUÁREZ, *La Virgen nuestra Señora*, Madrid (1972), p. 11.

Pero, y sobre todo, como hemos visto, es *nuestra Madre*, y su amor nos acompaña siempre. Es el *don más entrañable* de su Hijo Jesús en el momento de morir.

A ese don, el discípulo fiel nos enseñó a corresponder: «acogiéndola en su casa». Esta acogida significa para Juan Pablo II, entablar una relación íntima, del todo personal, entre el discípulo —todo discípulo— y María; un dejarse conducir al interior de su existencia materna, un recíproco fiarse el uno del otro; lo cual, cuando se trata de María es siempre *un camino nuevo para el nacimiento de Cristo, para la configuración con Él*³⁶.

No temamos caer en un intimismo personalista sospechoso. Temamos más bien tropezar en el escollo de quienes convirtiendo el cristianismo en una abstracción, van prescindiendo de María: las abstracciones no necesitan madre. Pero como se ha dicho: donde María no está en la luz, Cristo va quedando también en la sombra.

Ahora bien, el amor a esta Madre tiene unas coordenadas claras: «no sólo tiene su comienzo en Cristo, sino que se puede decir que definitivamente se orienta hacia Él»³⁷. Nos sigue repitiendo las palabras de Caná de Galilea: «Haced lo que Él os diga». Amarla sinceramente es vivir en *una adhesión fiel* a la voluntad del Señor.

Otra señal del amor a esta Madre es el amor a sus hijos. Por analogía vale decir aquello de la Carta de S. Juan: Quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a la Madre a quien no ve (cfr. 1 Jn, 4, 20).

El Papa nos señala precisamente, como uno de los objetivos del Año Mariano, el mirar «hacia la Madre común» para lograr en un empeño ecuménico *la unión de los cristianos y reforzar la unidad interior de la Iglesia*³⁸.

A la vez que acudiendo al corazón de María, a la profundidad de su fe, expresada en el *Magnificat*, la Iglesia debe renovar *su amor preferencial por los pobres*³⁹.

3) *La imitación de María*

La Virgen María, como modelo para nuestra imitación, es la imagen

36. *RM*, 45.

37. *RM*, 46.

38. *RM*, 30.

39. *RM*, 37.

más perfecta e íntima de nuestro presente vivido con fe y del futuro que esperamos.

El Concilio recomienda insistentemente la imitación de María que «brilla ante la comunidad de elegidos como modelo de virtudes»⁴⁰, proponiéndola señaladamente como ejemplar perfectísimo en la fe y en la caridad⁴¹.

Ciñéndonos ahora a esta ejemplaridad de María en la fe, en la línea de la *Redemptoris Mater*, queremos destacar estos aspectos de la misma: su prioridad, su actualidad y la fuerza de su dinamismo.

— *La prioridad de la virtud de la fe* en la vida de la Santísima Virgen la pone así de relieve Federico Suárez: «Lo primero que se nos ocurre al pensar en la Virgen María es ordinariamente su pureza virginal..., o su prodigiosa humildad... o su fidelidad en la cruz... En todo se nos ocurre pensar menos en la fe; precisamente en aquello que el mismo Espíritu Santo impulsó a que Isabel alabase por encima de toda otra virtud»⁴². La fe de María es fe-germen, es plenitud, y ahora, es un gran estímulo para nuestra fe.

— *La actualidad de este ejemplo* es patente en una época, cuya característica es, sobre todo, una enorme crisis de fe, una humanización radical del Evangelio, una reducción a escala horizontalista de la vida cristiana.

El Papa ha lamentado, en diversas ocasiones, que «los cristianos se sienten hoy extraviados, confusos, perplejos y hasta defraudados. Se han esparcido a manos llenas ideas en contraste con la Verdad revelada y enseñada siempre»⁴³.

También los Obispos en España han denunciado una «sociedad marcada por el signo del secularismo», «un laicismo agresivo», y dentro de la misma Iglesia, una mentalidad difusa bastante extendida, que oscurece algunos aspectos importantes de la verdadera doctrina católica. Esto contrasta fuertemente con el valor y la integridad de esa «fe cristiana y católica que constituye la identidad del pueblo español», según palabras de Juan Pablo II, repetidas recientemente al nuevo Embajador ante la Santa Sede.

— *Es indudable el dinamismo interior de la fe*. Si en el fondo de las crisis personales o colectivas se encuentra generalmente una crisis de fe,

40. LG, 65.

41. Cfr. *ibid.*, 53.

42. F. SUÁREZ, *La Virgen Nuestra Señora*, Madrid (1972), p. 125.

43. JUAN PABLO II, *Discurso* (7-II-1981).

en la renovación de la misma hay también un resurgimiento espiritual. El «hombre nuevo» es aquél que realmente cree. La fe nos hace también hoy «dichosos» por haber creído, como a María. *Esa fe es «la Buena Nueva», es «la vida eterna»*. No existe bastante fe en el mundo y por eso la fe no mueve al mundo. «Las energías que la Iglesia puede comunicar a la actual sociedad humana radican en esa fe y en esa caridad aplicadas a la vida práctica»⁴⁴, en las que María es el mejor Modelo a imitar.

Por eso resulta un objetivo verdaderamente oportuno y certero celebrar un Año dedicado a María, «promoviendo un caminar más intenso en la fe»⁴⁵.

III. PAUTAS E INICIATIVAS CONCRETAS PARA LA CELEBRACIÓN DEL AÑO MARIANO

En el marco de la Circular del Comité Central que delimita y ennoblece —por conectarlas con la Iglesia universal— las pautas e iniciativas de los Obispos de España, éstos han hecho públicas en su documento «Un Año dedicado a María», algunas sugerencias para su celebración, al tiempo que en las diócesis se están ya llevando a cabo diversas acciones y proyectos con ese mismo fin.

Siguiendo un orden lógico —en línea con la Circular citada— reflejamos brevemente las principales orientaciones del Episcopado:

1) *Formación*

«Subrayamos, dicen, la conveniencia de que las diócesis impulsen iniciativas de formación que posibiliten a los fieles cristianos una nueva y más profunda lectura de cuanto el Vaticano II ha dicho sobre la Bienaventurada Virgen María. Entre las muchas iniciativas orientadas a la mejor formación de los fieles mencionamos: congresos marianos o encuentros a diversos niveles, de teólogos, de especialistas —como éste que merece por mi parte la más sincera y cálida congratulación—, de fieles cristianos, de

44. GS, 42.

45. Comité Central para el Año Mariano, *Carta a los Obispos*, (27-III-1987).

asociaciones marianas, de jóvenes; cursos de teología mariana en las diócesis o parroquias; una especial atención a los agentes de la evangelización para que en la catequesis subrayen la presencia de María en la historia de la salvación; la elaboración de materiales sencillos y populares para distribuir a las familias y comunidades cristianas de manera que estimulen su formación, su oración y sus colaboraciones».

2) *Año Litúrgico*

En la celebración del Año Mariano, la del año litúrgico ocupa un puesto especial.

«El año litúrgico, leemos en el documento del Episcopado, es, en efecto, un signo santo que permite celebrar toda la historia de la salvación y transformar el tiempo cronológico en tiempo salvífico». El Concilio Vaticano II en su Constitución *Sacrosanctum Concilium* destacaba la dimensión mariana de todo el año litúrgico.

Durante este Año Mariano, en la celebración litúrgica de los misterios cristianos convendrá resaltar cuanto se refiere a la presencia de María, en su relación con los misterios de Cristo.

Particular atención merecen las principales fiestas litúrgicas en honor de María: la Inmaculada Concepción, la Natividad de María, la Anunciación, la Maternidad de María, la Presentación del Señor en el templo y la Asunción gloriosa de María a los cielos.

Cada sábado, la liturgia nos invita a hacer memoria de Santa María. Siguiendo esta sugerencia, podremos recordar la actitud maternal profundamente amorosa de María durante el Sábado en que Cristo yacía en el sepulcro, y tenerla como modelo y ayuda para la celebración de la gran fiesta de la Resurrección durante el Domingo.

Para revivir los diferentes aspectos del misterio de María «prestarán un gran servicio a las comunidades cristianas los nuevos formularios de misas marianas cuya utilización recomendamos...».

3) *Piedad mariana*

La piedad mariana ha de insertarse armónicamente dentro del único culto cristiano con el que la Iglesia, por Cristo y en el Espíritu Santo,

honra al Padre. Por eso, durante este Año Mariano conviene ayudar a todos los fieles cristianos a centrar su piedad mariana en el misterio trinitario, a poner de relieve en Ella la mediación única de Cristo, y a resaltar la relación entre María y la Iglesia. La piedad mariana debe estar bien fundada bíblica, teológica y antropológicamente, de modo que favorezca positivamente la deseada unión de todos los cristianos. Una piedad mariana adecuadamente planteada y vivida intensamente, produce frutos abundantes en orden a la salvación y santificación personal y a la evangelización de todos los hombres.

Estos criterios han de informar todas las expresiones devocionales tanto personales como comunitarias. En este contexto recomendamos encarecidamente el rezo del Rosario y del *Ángelus*, cuidando que en estas devociones se fomente la lectura de la Palabra de Dios y la contemplación detenida de los misterios de Cristo en comunión con María.

4) *Santuarios marianos*

Una atención especial merecen los santuarios marianos, tan numerosos y evocadores en toda la geografía de España.

Tanto por la importancia de los mismos, destacada ya por la *Redemptoris Mater*, como por las últimas directrices que el Comité Central de Roma para el Año Mariano acaba de dirigir a los Obispos, me permito una especial insistencia en este punto, sintetizando las citadas directrices.

Los santuarios marianos significan por «su origen», la memoria de un acontecimiento que se presentó como extraordinario, que ha dado lugar a expresiones de devoción y de piedad, y que ha determinado en el Pueblo de Dios la necesidad de peregrinaciones periódicas.

Por los «abundantes signos de protección mariana» los santuarios marianos constituyen, a los ojos de la fe, lugares privilegiados de su presencia y de su mediación materna.

Por la «vida sacramental» que en ellos se desarrolla, son lugares de gracia y de afianzamiento de la fe, metas de la esperanza humana y cristiana, impulsos eficaces para el aumento de la caridad y para una existencia marcada por el seguimiento de Cristo.

En los santuarios marianos la celebración de los Sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia que alimentan la vida de la gracia, tienen un relieve y una influencia singulares. La Eucaristía debe manifestarse en ellos en toda su riqueza cristológica y pascual, su dimensión eclesial y la presencia significativa y operante de María. También la misericordia se com-

prende como una prerrogativa de María. Tal es la convicción popular que atrae a toda clase de fieles hacia los santuarios marianos.

Las *peregrinaciones*, expresión típica de la devoción mariana, es de desear que, más allá de las motivaciones inmediatas y personales, impriman un sentido al camino de la existencia: un cambio en la vida ordinaria de cada día para vivir una experiencia fuerte del misterio, el camino de la conversión (a Dios) hacia la manifestación plena del Señor.

El santuario mariano es también el lugar para el anuncio y la celebración del *misterio de las vocaciones de la Iglesia*. En el secreto de su casa, La historia, la tradición, la experiencias artísticas de cada santuario son un testimonio de cultura que refleja el influjo mutuo entre el santuario y la vida de las poblaciones que le rodean. Los santuarios, bajo este punto de vista, deben proponerse como servicio y constituir una verdadera y propia «*via pluchritudinis*» para la contemplación de Dios y del misterio de María.

El santuario mariano es también el lugar para el anuncio y la celebración del *misterio de las vocaciones de la Iglesia*. En el secreto de su casa María recibe el anuncio del Ángel y da su consentimiento. Aquel «*fiat*» se convierte en modelo de toda vocación en la Iglesia. En el actual momento de crisis de vocaciones sacerdotales y religiosas, estos lugares deben volver a tomar fuerza para convertirse en transparencia eficaz de la llamada de Dios y de la generosa respuesta del corazón humano.

Todo santuario mariano, en cuanto celebra la presencia de María, su ejemplaridad y la intercesión de la Virgen del Magnificat, es por sí mismo un *hogar que irradia la luz y el calor de la caridad*. Por eso los santuarios marianos irradian y atestiguan el signo de la mediación entre el amor de Dios y las necesidades del hombre, en el nombre y la intercesión de la Madre de la misericordia.

Los santuarios marianos, en fin, son *lugares de encuentro y de oración* en decidido estilo de *ecumenismo y de unión*. La Madre de Cristo no debiera ser ocasión de división y de discordia entre sus hermanos. Las celebraciones de oración en común pueden crear importantes y fecundos momentos de unidad. Hay formas litúrgicas que pertenecen al patrimonio común, que pueden ser aceptadas por varias confesiones cristianas y que pueden convertirse, especialmente en el santuario mariano, en la presencia de Santa María, la mujer evangélica y orante, en punto de encuentro de la oración comunitaria.

5) *Compromiso cristiano*

Al poner los ojos, escriben los Obispos, en la Madre del Redentor, toda la Iglesia, ahondando en su propia vocación junto a María, modelo de vida santa, consagrada a Dios y al servicio de los hombres, debe comprometerse con todas sus fuerzas en la promoción humana.

No podemos olvidar, dicen en otro lugar del documento, «que este recuerdo de la Virgen María lo hacemos en medio de una humanidad en la que las tres cuartas partes de los hijos de Dios padecen extrema pobreza, y en la que abundan las carencias, opresiones e injusticias» (n. 6).

El Año Mariano, a través de las iglesias particulares, debe comprometer a la Iglesia universal en un empeño concreto de caridad y solidaridad con los más necesitados.

Este empeño debe traducirse en *testimonios de auténtico servicio, en generosidad de limosnas, en obras de promoción social hacia cuantos están sumidos en el mundo de la marginación, de la pobreza, de la enfermedad, de la soledad, etc.*

Todo ello ha de realizarse profundizando en el propio camino espiritual a la luz de la «esclava del Señor» y Madre de todos los hombres, en un esfuerzo por imitar su perfecto equilibrio de humanidad y de gracia, de espiritualidad y compromiso, de intimidad personal y de responsabilidad social.

6) *Conclusión: en la perspectiva del 2º milenio*

Juan Pablo II comienza su Encíclica con la perspectiva del año 2000, bimilenario del nacimiento de Cristo, para resaltar la presencia de María, la Madre del Redentor, en este advenimiento del tiempo que precede a esa fecha tan señalada.

La conclusión de la misma nos ofrece, con la evocación del himno mariano *Alma Redemptoris Mater*, una dramática concreción de la situación espiritual de nuestro tiempo, sin la cual no penetraríamos perfectamente en el significado de este Año Mariano y en la clave de su auténtica celebración.

Bien lejos, como ya queda indicado, el sentido de una mera evocación sentimental en la convocatoria de este Año jubilar, que según destaca

todo el texto de la Encíclica y lo subraya aún más este final, contiene estos fuertes y variados significados:

— Es una *llamada encendida* a nuestra generación para que recapacite en su responsabilidad histórica, y al hacer memoria como hijos de la Iglesia de María, nos sintamos interpelados en nuestra posible mediocridad, en nuestro aburguesamiento, en nuestro minimalismo evangélico, y llamados a una vida más evangélica. «Ella nos ayuda, escriben nuestros Obispos, a vivir nuestra vocación a la santidad, a unas formas de vida nuevas, al seguimiento radical de Cristo» (n. 6).

— El Año Mariano, según la inspirada visión de la *Redemptoris Mater*, es una *apasionante invitación a la esperanza* en esta hora difícil. El Papa nos hace volver los ojos hacia la «señal de la Mujer» del Apocalipsis, que es signo cierto de esperanza contra las fuerzas del mal. Cuando la Iglesia se siente urgida por la necesidad de una nueva evangelización de las viejas naciones cristianas, atacadas en su fe por un secularismo axfisitante; cuando media humanidad yace bajo el dominio de regímenes materialistas y ateos que se van extendiendo lenta pero tenazmente, como una gota de aceite, sobre el mapamundi en un viaje sin retorno para muchos pueblos; cuando la misma Iglesia siente en su propio seno los efectos del «vendaval del secularismo», Juan Pablo II nos muestra confiado «la señal de la Mujer», como esencial «signo de nuestro tiempo», y nos recuerda a todo el Pueblo de Dios, como nos dijo el Vaticano II, que la Mujer, María, la Madre del Redentor es «signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el Señor»⁴⁶.

Por eso, *el marco del Año mariano* acentúa este sentido: se abrió en Pentecostés, «el icono de nuestra verdadera esperanza», dice Ratzinger, y terminará en la fiesta de la Asunción. Así el final nos remite también al gran signo de esperanza, la humanidad ya salvada en María, en la cual se hace evidente el lugar de toda salvación.

Vayamos, pues, confiados al trono de gracia, a fin de conseguir en esta gran oportunidad del Año Mariano, para nosotros y para todos los hombres, el auxilio de la misericorida divina.

El Año Mariano debe constituir, según la *Redemptoris Mater*, en sus líneas finales, de algún modo, *un único grito*: «Socorre, sí, socorre al pueblo que sucumbe»⁴⁷.

46. *LG*, 68.

47. *RM*, 52.

Y recojo, para terminar, la oración que Mons. Escrivá de Balaguer, el Fundador de esta Universidad, dirigía a María con sentido de humilde y confiada súplica: «Madre compasiva, trono de gracia: te pedimos que sepamos componer en nuestra vida y en la vida de los que nos rodean, verso a verso, el poema sencillo de la caridad *quasi fluvium pacis*, como un río de paz. Porque Tú eres mar de inagotable misericordia: *los ríos van todos al mar y la mar no se llena*»⁴⁸.

Mons. T. Cardenal
Arzobispo de Burgos
Presidente del Comité
Episcopal para el
Año Mariano

48. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Madrid 1986, n. 187.

